

(Recogido en "de esto y de aquello" (tomo IV)

ESTÉTICA MONTESINA.

ERAMÉ ya familiar el monte; mantenía con él comunicación amigable. Trataba personalmente á cada encina, á cada fresno, á cada espino. Hablábame ya el monte, hasta entonces para mí mudo ó yo para él sordo, ó ambas cosas á la vez. Había ya cobrado en la Naturaleza sociedad, yo que tuve hasta entonces á la sociedad por Naturaleza. Y los hombres me parecían mejores trayéndomelos á las mientes y contemplándolos en mi imaginativa, allá, entre las encinas, lejos de sus viviendas.

Aquella tarde desperté de mi siesta al pie del mesto, descortezado á trechos para no sé qué remedio medicinal. Durante el sueño habíanseme subido efluvios subterráneos, mientras descendían á mi espíritu en calma los del ambiente sereno, abrazándose así en mi alma dormida el alma de la tierra con el alma del cielo. Desperté adoctrinado, preñado mi ánimo de vagas ideas que pedían luz, expresión y libertad. Miré en torno, y al tropezar mi vista con un lampazo, me levanté para marcharme. Es una planta que me repugna; me parece el sapo de las plantas.

Nada tenía que hacer; el tiempo era mío. Estaban las encinas encandeladas, en flor. Me dejé ir á la fresneda, junto al regato, donde vivía buena copia de flores en trato con muchedumbre de insectos. Volví á tenderme en tierra, entreteniéndome en ayudar á una hormiga á llevar su carga á la boca del hormiguero. Y recordé lo que he oído decir á un amigo respecto á la leyenda de la hormiga, que goza fama de laboriosa cuando no hace de ordinario más que pasearse de acá para allá, de la Ceca á la Meca, sin objeto alguno; pero eso sí, muy deprisa, para hacer creer que va en busca de algo. «Me molestan las gentes que presumen de atareadas—suele decir mi amigo—creyendo que por mucho madrugar amanece más temprano; ¡cuánto tiempo pierden los ocupados, los activos, los laboriosos! ¡Cuán poco evangélica

"La Ilustración Española y Americana", Madrid,

22 abril 1902 1-302



es la hormiga, con todo y vivir al pie de los lirios del campo! Un sér neutro, sin sentido estético. ¿Y para qué trabaja? ¿qué va ganando con ello? ¡Pobre esclava del instinto, sin instante de sueño ni de goce!» Recordando estas doctrinas de mi amigo, me entraban ganas de aplastar á la hormiga para descargarle del peso de tan inútil vida como la suya, cuando un abejorro que pasó zumbando llevó mi mirada á la flor sobre que fué á posarse, y á las demás.

¡Qué gran variedad de formas reviste el deseo de vivir! pensé mirando á la estrella de florecillas de una clavellina. Y bien: ¿para qué sirven estas bellas formas? ¿para qué este esplendor de colores? ¿para qué esta riqueza de matices? El monte no respondía á mis *para qué*s, esperando sin duda á que me respondiese yo mismo. La Naturaleza no hace más que preguntarnos, sin respondernos nunca; lo que tomamos por respuestas tuyas no son sino nuevas preguntas que nos dirigen. Y como nada ella me respondiera, hube de responderme yo mismo; ¿qué remedio?

Y me dije:—No sirven para nada estas bellas

formas, estos brillantes colores, estos ricos matices; el deseo de vivir culmina en belleza, y en belleza rebasa cuando se satisface. Todas estas formas, estos colores y perfumes son su satisfacción de vivir, es la plenitud de vida, el derrame de exceso vital, es lo que sobra, es la meditación inútil de la planta, es su contemplación del Universo, es su himno á la vida, su ensueño, su colmo de energía.—

Y recordé al punto la disensión doctrinal entre Darwin y Wallace. Conocida es la teoría de la selección sexual que propugnó Carlos Darwin. La selección sexual depende, según él, de «las ventajas que unos individuos tienen sobre otros del mismo sexo y especie, no más que en el respecto de la reproducción». La selección sexual entra en juego cuando los machos «han adquirido su presente estructura, no por ser más aptos para

sobrevivir en la lucha por la vida, sino por haber cobrado ventaja sobre otros machos». Las hembras han ido eligiendo los machos más hermosos, y así, «por larga selección de los más atractivos, han añadido á su belleza ó á sus otras cualidades atractivas».

Recordé las objeciones y reparos que se han puesto á esta enseñanza del gran naturalista. Supone un agudo sentido estético en las hembras: ¿de dónde le han adquirido? ¿por qué atrae á la pava el vistoso plumaje del pavo real? «La mariposa, á la que se supone tan extraordinario desarrollo de sutileza psicológica—dicen Geddes y Thomson en su libro *The evolution of sex*—vuela á un pedazo de papel blanco en la pared y le atrae el primario impulso estético de un viejo papel,



por no decir nada de la monótona brillantez de alguna de nuestras flores de jardín.» Los hechos, por otra parte, no confirman siempre las suposiciones darwinianas á este respecto.

Y me vino á las mientes la doctrina de Wallace, el digno rival de Darwin. Los fenómenos de ornato se deben «á las leyes generales del desarrollo y crecimiento». «Si el ornato es el producto natural y el resultado directo de una salud y vigor superabundantes—dice Wallace—no hace falta otro modo de selección para darnos cuenta de la presencia de semejante ornato.» Las hembras no eligen al más hermoso, sino que los machos combaten, y el más fuerte se lleva como de botín á la hembra. Los más hermosos son á menudo los más resueltos y fuertes en el combate, pero es porque su hermosura arranca, como su

resolución y fuerza, de superabundante salud.

Recordé nuestro dicho de *el hombre y el oso cuanto más feo más hermoso*, dudando de que se le hubiera ocurrido á mujer alguna. ¿O es que eso que el proverbio llama fealdad no es precisamente la hermosura?

Se me presentaron á la retentiva aquellas dos feas palabras de *catabolismo* y *anabolismo*, y lo de que el macho es predominantemente *catabólico* y predominantemente *anabólico* la hembra. Me parecieron tan ridículas en el monte, entre las sencillas encinas, que me volví á mirar las flores. Pero las impertinentes teorías de los hombres no querían dejarme en paz.

Dicen que estas formas y estos colores son para atraer á los insectos, y que éstos las agiten provocando la caída del polen de los estambres sobre los pistilos; pero ¿por qué les atraen con formas bellas y no con otras que no lo sean, para nosotros, por lo menos? ¿por qué con perfumes y no con olores de jugos más nutritivos? ¡La vida! ¡Ah, sí! un cambio de materias albuminoideas, algo que surgió allá, en la última edad de la incandescencia terrestre, de los compuestos cianados, del cianógeno ó biógeno, algo que brotó del fuego y se perpetúa por el agua; pero la vida, ¿para qué? ¿Para qué? ¿para qué todo?

El silencio del monte recibía en su regazo mi *para qué* y se callaba. ¿Es que no hay para qué?—proseguía yo—¿y entonces esta hermosura? ¿No es la belleza misma un para qué?

Volví á mirar la clavellina, y me dije:—Aquí ha andado la Naturaleza á tanteo, buscando camino, á capricho, por azar puro, jugando, de la Ceca á la Meca como la hormiga. Sigue un camino cualquiera, el primero que se

le presenta, y cuando no puede ir por él más allá, se vuelve, y esta vuelta sobre sus pasos es la que produce la belleza, al darse ella cuenta de lo que recorrió. Todo poeta ama el pasado; toda belleza es tradición, legado de salud y de energía. No hay más allá en el camino de esta clavellina, en su dirección es término y acabamiento, y vuelve en ella la vida sobre sí, y al encontrarse consigo misma se recrea en su obra y se hace bella.—

Me tendí cara arriba mirando al cielo y proseguí:—De aquí la virtud liberadora de la belleza, de aquí, de su inutilidad, de su santa inutilidad, de que para nada ulterior y de fuera de ella misma sirve, de que no es en sí medio alguno para cosa alguna. No tiene *para qué* por ser ella misma su propio *para qué*. De nada le sirve la cresta al gallo. ¡Santa inutilidad! Mas.... ¿no es un cebo? ¿no es un cebo engañoso para atraernos á la vida y en ésta retenernos? ¿Es la vida para la belleza ó ésta para aquélla? Y la

vida, la vida misma ¿para qué? Tal vez un círculo vicioso, la una para la otra, y las dos ¿para qué? ¿Es que son en el fondo distintas? ¿La vida pura, la vida libre de todo lo que no es vida, la vida libre de la muerte que de continuo le acompaña, no es acaso la belleza misma? ¿No es la belleza la eterna aspiración á la eternidad? ¿no es la eternización de la momentaneidad?—

Al ocurrírseme tales terminachos, me volví de lado á apacentar mi ánimo en la contemplación de una encina. Era toda ella un ornato; su vigor no rebasaba en vistosas flores, ni en apéndices ni flecos de ninguna suerte. Colgaba su flor, la candelá, sin atraer á los abejorros; la brisa no lograba agitar sus rígidas hojas. Su quietud era solemne.

No la agita el viento, ni el invierno le arranca su verdura. Vive siglos dando sombra á las flores de un día, á las que cae la gracia del sol cernida por su follaje. La encina callaba y yo me levanté para retirarme.

En el camino, mientras volvía á la casa, iba diciéndome:—Todo eso podrá ser pura fantasía desde el punto de vista de una estética científica, pero ¡vamos á ver! ¿no es una bella explicación de la belleza? Y si el fundamento de la bondad ha de ser bueno más que verdadero, ¿no ha de tener que ser ante todo bello el fundamento de la belleza?—